

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO Y CRIANZA DE COLÓN.

CUANDO á sus promedios el siglo décimoquinto se acercaba, por el año treinta y tres ó treinta y cuatro, nació el descubridor por excelencia entre los descubridores, nació Colón. La Naturaleza y la Providencia quisieron de consuno que tan excelso nauta creciese y se criase á orillas del mar. Los verdaderos centros de civilización y cultura históricos hanse de antiguo relacionado con riberas, ó sea con lugares próximos á las aguas. Tended los ojos por el mundo histórico, y veréis qué relación estrecha existe desde tiempos inmemoriales entre las corrientes de los ríos y las formaciones ó transformaciones de los Estados. El Indo y la India, el Eufrates y la Caldea, el Israel y su Jordán, los Faraones y el misterioso Nilo, Cartago y su ensenada en el Mediterráneo africano, Sidón y Tiro establecidas en el sitio donde parece que se aproximan por mediación de aquellas celestes aguas los tres continentes de la vieja tierra, Grecia y sus escultóricas costas y sus conocidísimos coros de islas, Italia y su estructura peninsular en el centro de nuestra Europa y del mar meridional europeo, España entre las aguas oceánicas y las aguas mediterráneas, dan, por sus respectivas situaciones fluviales ó marinas, una clarísima clave que

abre sus peculiarísimas historias. La soledad inmensa del mar enseña el infinito al hombre más todavía que la infinidad azul del cielo; porque mientras éste se halla sobre nuestra cabeza como dominándonos, aquél se tiende á nuestra pobre altura y muchas veces bajo nuestras propias manos. Todo en el mar os enseña la especie de ascensión á que los afectos grandes y los grandes pensamientos obligan al hombre, todo, sus oleajes, sus embravecimientos, sus trombas, sus vapores, que suben y suben como en raudos espirales. No hay en la creación universal cosa ninguna tan bella como el mar, con sus frescas corrientes, sus celestes superficies, sus espumas jaspeadas de iris, sus estelas fosforescentes, sus animales multicolores, sus gérmenes gelatinosos que parecen embriones de vida ó semillas de mundos, los besos de sus curvas con las curvas del cielo. En el contacto entre un alma llena de fantasía y un mar lleno de vida y un cielo lleno de luz debía despertarse un genio como el genio creador de Colón. En cuanto saludáis las primeras palabras de su historia ó veis los primeros rasgos de su fisonomía, seguidamente advertís el sello espléndido grabado en su ser por el Mediterráneo. No puede, no, desconocerse; así como hay un parentesco en pintura, por ejemplo, entre todos los artistas holandeses y flamencos, lo hay entre todos los pintores italianos, de Florencia, de Milán, de Roma, de Venecia, de Umbría. Y así como hay un parentesco entre los pintores italianos, hay un parentesco entre todos los marinos mediterráneos. Pues bien, al Mediterráneo, exclusivamente al Mediterráneo pertenece Colón, por la mezcla tan feliz de la inspiración y del cálculo, que lo hacen al mismo tiempo un comerciante y un profeta, capaz de moverse al agujón del oro á guisa de cualquier nauta, que recorre los mares por el comercio, por el cambio y por el mezquino lucro, así como al llamamiento de la fe religiosa, en guisa de cruzado á quien se le aparece la cruz divina y el sepulcro de Cristo entre las tormentas que azotan su nave santa, ó entre los ardores del desierto, donde la sed y el hambre agobian sus fuerzas y mar-

tirizan su cuerpo. En el normando veis al marino siempre. Aquí, en el marino mediterráneo, veis, juntamente con el calculador, con el industrial, con el mercader, al religioso, al inspirado, al profeta y al mártir. Quien desconozca cómo se han juntado en Colón ambos extremos, no quiera estudiarlo.

Lo que primeramente debemos considerar, estudiando á Colón, es el medio ambiente, como decimos ahora, en que vive y crece. Hombre maravilloso, en quien se unen acción y pensamiento, fantasía y cálculo, el espíritu generalizador de los filósofos y el espíritu práctico de los mercaderes; verdadero marino por sus atrevimientos y casi un religioso por sus deliquios; poeta y matemático; el tiempo y el espacio en que nace y crece nos dan facilidades grandísimas de conocerlo y apreciarlo. Apenas interesa la vida particular de un hombre que ha influido tanto en la Humanidad, como Aristóteles, quien resumió y clasificó todo el saber heleno, poco antes de que perdiera Grecia, por la pérdida luctuosa de su libertad, el esplendor de su genio. Encerrado en su pensamiento, reducido á escribir libros para las generaciones futuras y á dar consejos al vencedor Alejandro, nos interesa mucho lo que pensó en su mente y nada nos interesa lo que hizo en su vida. Pero Colón está por tal manera unido á la realidad viviente que su historia nos interesa con vivísimo interés. Como no podemos abstraer y separar los cuerpos del espacio que los limita, no podemos abstraer y separar las almas del tiempo en que viven. La esencia del espíritu conserva su íntima naturaleza y su interior unidad sobre la serie de los sucesos que pasan á su alrededor y sobre la corriente de los tiempos en que sus facultades se desarrollan. Pero no cabe duda, no, de que la edad en cuyo seno aparece un alma, y los sucesos, independientes de su inteligencia y de su albedrío, que la rodean, concluyen por modificarla profundamente y por ponerle un sello indeleble. Así como para juzgar el alma pura no se puede prescindir del cuerpo que la encierra, de su natural, de su compleción, de su temperamento, no se puede prescindir tam-

poco del siglo, de su carácter, de sus leyes, de sus instituciones, de sus hechos políticos. Cuando un alma trae aptitudes en consonancia con la edad en que ha de pasar por este mundo, las desenvuelve plénamente á manera de esos árboles brotados en terrenos propicios á su desarrollo y crecimiento. Arrojad sobre una época de paz la ingente alma de Napoleón el guerrero, y se atrofiará, careciendo de espacio y del medio indispensables para cumplir sus interiores vocaciones y para realizar sus maravillosas conquistas; pero poned esa misma alma, después de una revolución casi cósmica, en tiempos de guerra continua é incesante, al toque de la Marsellesa y al redoble de los tambores y al estampido de la artillería; veréis cómo sus facultades bélicas, sus instintos carniceros, su aptitud para aplicar las matemáticas á la estrategia y á la táctica, su poder para conducir los hombres al combate y á la matanza se desarrollan á una todos, no sólo por la explosión de las facultades internas, sino también por la facilidad que le ofrece un mundo subvertido y desgarrado á los estremecimientos de una batalla sin término y sin tregua. Colón fué como su edad, un profeta y un Bautista, y un revelador y un obrero de aquel renacimiento universal. El siglo décimoquinto fué un siglo muy propio para el desarrollo de las facultades que sobresalían con tan extraordinario relieve y color en su espíritu. Corre el tiempo eternamente, pero los siglos tienen caracteres que los hacen ó más definitivos ó más revolucionarios, caracteres que dan á sus instituciones un movimiento vertiginoso, ó las paran y las detienen sobre sólidos y duraderos fundamentos. Expliquemos con mayor sencillez este juicio. Hay en la Historia edades de reposo y hay en la Historia edades de movimiento. En las edades de reposo cada institución está firme sobre su base, cada base está firme sobre la tierra. Luego hay otros siglos de transición, de cambio, de transformaciones, en que todo se renueva, todo, á la doble virtud del amor y de la muerte. No cabe dudar que en el siglo primero de nuestra era, por ejemplo, corriendo el tiempo con su medida igual, duraba

y perduraba el imperio; mientras que en el siglo quinto, el imperio se descomponía y destrozaba, reduciéndose todo él á fragmentos, porque era un siglo de transición el siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo octavo al siglo décimo. Los Carolingios, en el primero de estos siglos, fundan el feudalismo teocrático; y el feudalismo teocrático vive y domina hasta el siglo décimo con sus obispos señoriales, con su Iglesia sobre el patrimonio temporal asentada, con su imperio semifantástico sujeto completamente á la Iglesia. No era mucho, pues, que el espíritu humano creyese próxima en el año mil, como cumplimiento de innumerables profecías, la hora apocalíptica del Juicio Final. Y este siglo décimo es un siglo de transición, de movimiento, de transformaciones, como el mismo siglo quinto. Así, puede decirse que desde principios del siglo primero á fines del siglo cuarto la sociedad tiene, sin dejar de moverse y transformarse, una fórmula en su cima y una base en sus cimientos, perdidas por completo y arrastradas á la eternidad en el revolucionario siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo sexto al siglo décimo; la sociedad tiene en estos cuatro siglos un carácter distinto al que ha de tomar después de oída la hora última del año mil en el reloj misterioso de los tiempos. Desde Carlo Magno al siglo décimo feudalismo teocrático; desde el siglo décimo al término de la Edad Media feudalismo aristocrático. Y lo que decimos del siglo quinto y del siglo décimo, lo decimos también del siglo décimoquinto. Diríase que el tiempo tiene sus estaciones, sus fases, y que una sociedad ha de recorrer necesariamente un período de cuatro siglos para transformarse en transformaciones profundísimas. Lo cierto es que los cuatro grandes períodos de transición son éstos: siglo quinto, siglo décimo, siglo décimoquinto y siglo décimonono. ¿Quién puede dudar que el siglo décimoquinto es uno de aquellos destinados á cumplir las transformaciones más radicales y más profundas? El Pontificado se paganiza hasta el extremo de parecer los Papas sumos sacerdotes de Júpiter; la religión un arte y un arte plástico. Los

poetas, los pintores, los escultores, verdaderos espíritus angélicos de este cielo nuevo, despiertan los dioses antiguos en el seno de la Naturaleza y la antigua idolatría bajo la bóveda de los templos. El Imperio se reduce á una especie de farsa, y los Césares de Alemania á una especie de fastuosos y falsísimos actores. Cae la sociedad feudal, derribada por la virtud fausta del trabajo, tan opuesta de suyo á la fuerza nefasta de la guerra; los reyes, auxiliados por sus jurisconsultos, que contrastan el derecho feudal con el derecho canónico y romano, auxiliados más por los ejércitos permanentes, que suceden al pendón y á la caldera de las bandas antiguas; auxiliados por la pólvora, que atraviesa la cota del señor y derriba las piedras del castillo; auxiliados por tantos factores juntos, destruyen la encina secular de los viejos privilegios feudales, donde tienen su habitación tantas aves rapaces como han roído los hígados de la humanidad, enclavada sobre el potro de tantos y tan extraordinarios tormentos. Y á las antiguas ligas lombardas, á las antiguas sociedades militares, al antiguo Estado feudal, sucede ahora el predominio de las ciudades mercantiles, que tienen flotas como no las han tenido los imperios y que pagan artistas como no los han pagado jamás los emperadores. Estas ciudades convierten los palacios de sus gremios y de sus Ayuntamientos en museos, merced á las riquezas que aportan, y hacen de la vida entera, después de largas navegaciones, una serie de certámenes artísticos, de juegos olímpicos, de competencias poéticas, en que parecen resucitados los antiguos tiempos de Grecia y venidas á nuestro mundo las musas muertas al pie de los altares helénicos. El siglo décimoquinto es el Abril de la historia moderna. Por tal mes la yema se hincha de savia, la hojilla brota en el tallo, el tallo se orna de flores, las flores se pintan de matices y se cargan de mieles, las mieles llaman el agujón de las abejas, y los pétalos las tenues alas de las mariposas, las mariposas dejan sus larvas oscuras para tomar sus formas aéreas, y los arroyos sus prisiones de hielo para cantar en las honduras,

mientras allá arriba, en las copas de los árboles y en los giros de las auras, entonan sus coros todas las aves, desde las alondras que saludan con píos místicos la alborada, hasta el ruiseñor que alza en la noche, cerca de su compañera y de su nido, la dulce gorjeada serenata, cuyas escalas cromáticas derraman en todos los corazones el primaveral amor y las primaverales esperanzas. Así, en el siglo décimoquinto, la industria da la imprenta y contribuye á eternizar el pensamiento; las ruinas cubiertas de jaramago y de cicuta dan como un sepulcro lleno de vida la estatua que contribuye á perfeccionar el arte; la filosofía escolástica da, como la larva la mariposa, el platonismo florentino, que ilumina con las ideas del más sublime de los filósofos griegos el abismo de los cielos y el abismo de los espíritus; el Océano da, por fin, para que todo sea milagroso, para que todo sea renovación, metamorfosis, progreso, esa América que viene con sus virgíneas selvas y con su exuberante vida, entre tales milagros, á renovar la misma Naturaleza, como si el Universo fuera un poema divino escrito en la inmensidad del espacio con letras de estrellas por el humano estro. El siglo décimoquinto es la Pascua de Resurrección tras el Viernes Santo de la Edad Media, en que los altares se hallan cubiertos de negros lutos, los santuarios vacíos y abiertos, la Virgen sola, el Salvador en su tumba de Getsemaní, la Cruz en la cima del Universo, los ángeles llorosos con los signos en las manos de la pasión universal, el miserere de la penitencia llenando de lágrimas amargas los aires oscurecidos; Viernes Santo, tras el cual viene el día de Pascua, es decir, el día del Renacimiento en que Jesucristo resucita de su sepulcro para subir á los cielos, y Psiquis se levanta de su lecho para tomar sus alas de mariposa y su lámpara de novia; en que un *Te Deum* salido de todas las iglesias sube á las alturas y el repique de las campanas baja, mezclado con el *hossanna* de los ángeles; en que la inspiración religiosa llena con el aleluya de la mística alegría los aires, se mezcla al zumbido de la abeja, al vuelo de la mariposa, al aro-